

DIEGO CARRETTO

LA  
COMUNIDAD  
DEL SILENCIO

NO CALLES... ¡HABLA!



Derechos exclusivos de publicación:

© **ConyTriun libros**

Cno. Los Camalotes 1611  
conytriun@adinet.com.uy  
www.conytriun.com  
Montevideo - Uruguay

Diseño y diagramación: Patricia Carretto  
Revisión de texto: Lic. Cecilia Mota  
Ilustraciones: Fabricio Ceppi  
Ilustración de pirámide: Guillermo García Cruz

ISBN 978-9974-8167-8-7

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2009

Hecho el depósito que marca la ley.  
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de cualquier medio gráfico o informático sin previa autorización del editor.



## Agotado de tanto llover

El *ding dong* del viejo reloj de pared le despierta de la siesta. Se incorpora, toma sus lentes de la mesa, recoge el libro del piso y coloca el marcador. Ríe sigilosamente pensando en la última oración retenida, sabe que tiene que volver a leer las últimas tres páginas.

El perro y las alpargatas bigotudas lo observan detenidamente esperando con ansiedad el último paseo del día. Se lava la cara, mastica su tabaco, toma su rebenque y a trote levantado comienza el recorrido.

El sol le señala que el ganado debe cambiar de campo para pasar la noche junto al tajamar. Coyote, con sus ladridos reúne desde lejos a los novillos perezosos mientras aquel hombre de temperamento fuerte abre y cierra las porteras.

De regreso al establo desensilla y libera al tordo, alimenta a Coyote y reacomoda la montura para el día siguiente. En eso, suena el celular.

— Diga.

— Leo, ¡Vení pronto!

— ¿Qué pasa? —dijo mientras entraba a su casa.

— Mi madre necesita hablar contigo.

— ¿No puede esperar hasta mañana?

— ¡Dijo que es importante!

— ¡Está bien! ¡Que no se retobe! En diez minutos salgo para ahí.

Algo asombrado pero a paso apaisado deja la boina en la sala de estar y pasa al baño para limpiarse un poco. Al mirar el espejo se detiene cuestionado. Observa sus ojos y nota en ellos mansedumbre y alegría. No entiende por qué a veces, recordar su pasado le atemoriza.

Minutos más tarde sale lentamente de la casa, relojea su tabaco, y apagando su cansancio le echa un masticazo.

— ¡Leo! –grita Natalia al verlo llegar.

— Ahí voy... no me apure que a mis pasos lo marcan los latidos.

— ¡Adéntrese!, mi madre vio algo.

— Ojalá sea importante –regaña entre dientes.

Elvira entre tanto, ubicada en su escritorio ancestral se ve hundida en la rueda maya sin saber qué decir. Quiere evacuar la duda que le surgió.

Su pelo negro y largo cubre su rostro mientras ella gasta la lapicera en aquel cuaderno de 360 hojas que renueva de forma mensual para anotar sus ecuaciones. Los ventanales que dan al jardín, la alfombra roja en medio de la sala, el sofá bordó y los tapices gauchescos que decoran las paredes cubren de misterio toda la habitación. Es como un torbellino de energías diferentes aglutinadas entre suelo y techo. La estufa a leña encendida y la pequeña lámpara de 25 watts iluminan el lugar.

— Elvira, buenas tardes.

— ¡Pasá Leo! Gracias por venir.

Leonardo observa minuciosamente la expresión de Elvira y no la entiende. Visualiza en su cara el estupor de la desgracia que se mezcla con cuestionamiento irresoluto.

— ¿Qué pasa Elvira?

— Sentate. Este año será importante para vos.

— ¡Vamos mujer! ¡Todos lo son!

— Este es diferente. Alguien vendrá a nuestras tierras. Aquí a Cerro Chato, para volver a nacer, aprender y ver la vida sin coacciones ni estructuras.

— Mmm, ¿estuviste tomando?

— ¡No seas así!... Alguien te eligió para que le ayudes. Prepará el rancho que alguien viene. Sé que sos súper analítico pero creé en mi.

— ¡Pará un poco! Estamos en junio. Al año no le queda mucho tiempo.

— ¡Lo sé! —la espontaneidad de Elvira crece mientras aviva la estufa—. Este episodio es raro. Mi calendario cambió drásticamente contigo en estos últimos meses y todavía no puedo comprenderlo. Prepará el campo que aparecerá un exponente.

— ¡Decí algo más! ¡No tires la pelota al *outball*!

Elvira se vuelve sobre sí misma y le mira con cuidado. Sabe que aún no le ha dicho lo más preocupante. Sus manos transpiran. Es la primera que vez que se ve envuelta en algo que no le ha develado toda la verdad. Para ella todo es relevante. Ha calculado varias veces. Ni la numerología ni el calendario maya han dado frutos positivos. Teme que ellos dos sean el novillo cebado de la predicción. Está preocupada.

— ¿Qué pasa Elvira? Estás rara.

— Estamos juntos en esto.

— ¿Qué?

— He dado vueltas y vueltas entre las matemáticas y siempre aparezco junto a vos. La persona que viene quiere algo de nosotros. Me pone nerviosa, es inusual. No preguntes más porque no tengo respuesta. Solo veo que alguien vendrá a tu casa y pedirá algo.

— Sabés que no entiendo. Me parece una locura.

— ¡Debes creer en mí! Si no fuera algo importante no te hubiera hecho venir.

— Lo sé, pero también sé que es una predicción.

— ¡No empieces con eso ahora!... Aparte, será bueno que termines las obras de tu casa.

— Eso no viene mal. Es buena idea terminar el rancho.

— ¡Hacé lo que puedas! ¡Sos grande! Solo quise avisarte ya que el tiempo es atemporal y los sujetos inesperados. Es mejor estar preparado para todo.

— Lo sé.

— Decile a Natalia que te ayude en este tiempo, y disculpá mis nervios de vieja.

— No digas eso Elvira.

— Es que aveces pienso que estoy cayendo en la vejez mental y ya no puedo ver con exactitud las cosas.

— No te persigas. Ya veremos qué pasa.

— Gracias por confiar en predicciones relativas... No sé por qué pero confío en mis números.

— De nada.

Leonardo sin entender, se levanta y se retira de la habitación. Para él las cosas son diferentes. Que alguien venga a Cerro Chato, a una ciudad pequeña en medio del campo le intriga mucho.

Sin mucho pensar, sale al jardín y ve a Natalia casi a oscuras, regando las plantas mientras tararea sus pasiones sin presión.

— Nati, dice tu madre que me ayudes estos meses en casa.

— Claro, sabés que estoy para eso.

— ¿Mañana podés empezar?

— Sí. ¿A las ocho?

— Excelente.

La noche curtía las alturas mientras las casas adornaban el espacio para la clásica cena familiar.

Leonardo sin complicaciones pisa el camino de regreso. Al pasar por aquel campo recuerda emocionado los años pasados pero hoy sin permitirse retrasar, cuestiona en su interior las palabras de Elvira. Su vida transcurre en soledad. Está en desacuerdo y no deja de analizar. Él sabe que el destino no está marcado pero, las predicciones le generan la duda de si es el dueño o un arrendador temporal.

Mientras tanto en la capital, en pleno horario liceal, se puede ver el clásico grupo de amigos que se reúne para conversar debajo del álamo. Liderados por Leandro es la tradicional agrupación de amigos inseguros que sin saber hacia dónde ir, se limitan a seguir las ideas de alguien que, con un poco más de carácter y buena charla, puede dominar.

Leandro es el típico muchacho que se lleva el mundo por delante sin pensar en las consecuencias. Fue abandonado por sus padres a los cinco años de edad, viviendo desde entonces con los abuelos maternos

quienes lo cuidan a más no poder. Viste siempre a la moda, luciendo notoriamente su estatura y buena musculatura; no puede disimular su tez blanca cuando el calor asoma por las calles de la ciudad, y su torso se imprime junto al viento. Tiene el pelo castaño oscuro color tierra, ojos verde pasto, y una sonrisa difusa entre alegría temporal y lamento cotidiano, confunde a quien lo observa desde lejos. El muchacho con su actuar demuestra tener un carácter desposta y despreciable, ocultando en sus ojos algo que lleva sobre él desde hace mucho tiempo, el miedo al abandono. No desdibuja su locura en sentimientos sino que se relaciona con razonamientos lógicos que nunca lo dejan mal parado. Tiene muy buen sentido común, pero por miedo a ser él mismo, anda por la vida sin rumbo definido ocultando su simpleza a los demás.

— ¡Truco! —se escucha de en medio.

— Antes está el envido —replicó en voz baja.

— No quiero. ¡Pero grité truco!

— ¡Quiero ver!

La rueda del juego, después que sonó el timbre, comienza adornarse con varios jóvenes en busca de distracción. El lugar rodeado de ladrillos plateados cara vista aparejados al estilo inglés y el piso de cerámica castaño rojizo, ayudan a que la rueda se vea como profesional.

— Juguemos compañero. Esta mano viene linda —dijo Leandro mientras juega el bastillo.

— ¿Cómo estás para un retruco? —preguntó Adrián.

— Me gusta... ¡Quiero!

Adrián juega la espadilla y sin mucho teatro suelta un diez mísero dando paso a la segunda mano. Leandro contesta con fuerza jugando su once pellón quien le levanta el ánimo.

— ¿Te animás al vale cuatro?

— Quiero.

Leandro tira el cinco de la muestra y grita:

— ¡Comete esa mandarina!

— ¡Cómo no! ¿Puedo sacarle la cáscara? —tira el dos de la muestra y alza los brazos.

Entre aplausos y murmullos la partida finaliza. Adrián de reojo mira a Patricia quien se aleja con una sonrisa sin pronunciar palabra. Al dispersarse del centro Leandro pregunta:

— ¿Qué hacés esta noche? ¿Querés ir con nosotros de farra?

— ¿Quién va?

— Vienen los gurises del club y en verdad no sé adonde iremos pero de seguro que comenzamos en casa tomando unas birras y luego nos echamos algo en la Ciudad Vieja.

— Como el viernes pasado entonces. A las veintidós estoy ahí.

— No te olvides de la guita para los gastos.

Adrián es el mejor amigo de Leandro. Un pibe que sin razonar lo acompaña siempre a todos lados, es como el hermano que nunca tuvo. En sí es un joven del montón muy reacio a demostrar sus sentimientos, nunca se la juega por sus expectativas, prefiere ver a su alrededor y seguir a la mayoría. Lo caracteriza una notoria sonrisa contagiosa que lo ayuda a vivir acompañado en todo momento. Siempre con su vestimenta estilo clásico (preferentemente en negro) trata de pasar desapercibido pero al mismo tiempo no olvida rodearse o insertarse en algún grupo para así olvidar el miedo atroz que tiene a la soledad.

Su familia tiene el estándar de la sociedad, de clase media-alta, compuesta por padre, madre y tres hermanos, él es el mayor. La relación dentro de ella, según él mismo, siempre es ilustrada en ideas y proyectos ya que no admite la autenticidad para su interior y menos hacia los demás. Tanto sus hermanas menores, Daniela y Laura, como él mismo muchas veces reprimen su sentimientos por el control que su padre ejerce sobre ellos. Para el muchacho la familia es teatro de convivencia diaria. Muchas veces se siente deprimido por no animarse a decir lo que piensa y siente.

Al terminar el horario liceal y luego de despedirse de sus compañeros se dirige a su casa. Al llegar observa con desánimo aquellas rejas verdes que rompen su belleza. En pleno barrio Prado, casa edificada a dos plantas, con jardín, garage, cocina, sala de estar, living-comedor, escritorio, cuatro dormitorios, dos baños, un patio trasero con parrillero y la comodidad de calefacción con radiadores eléctricos, es la envidia para varios de los conocidos. Para él la casa fue destruida cuando pusieron esas rejas que la convirtieron en una prisión temporal.

— ¿Vas a dejar esto acá? —increpó su madre ni bien pasó la puerta.

— Hola mamá. Recién llegué. Ya lo subo.

— ¡Mejor! porque estuve todo el día ordenando tus cosas y estoy cansada.

— Pero mamá, no es necesario que lo hagas.

— Siempre decís lo mismo. Vos y tus hermanas son iguales. Que van a ayudar a limpiar, pero soy la única que hace las cosas.

— Digo que yo también lo puedo hacer.

— Encargate de tus obligaciones y dejá de discutir.

Virginia, su madre, es alguien muy especial para Adrián. Es el ser ambiguo de la familia. Por un lado es excelente en organización, decoración, querida por todos los compañeros... pero al mismo tiempo es dependiente del reconocimiento, celosa de sus hijos, siempre con reclamos absurdos y sin sentido, repite mil veces “te quiero mucho” tiene una conducta invasora y asfixiante.

— ¡Laura! ¿Falta mucho?

— Ya voy mamá.

— Siempre igual contigo, no te importa nada. Vení a comer que cierro la cocina.

Cansado de escuchar siempre lo mismo y como una rutina impregnada, Adrián sube a su cuarto, cierra la puerta, se conecta al MP3 y se abandona en los estudios. Entre libros y letras el tiempo se le vuela. En eso, golpean a su puerta.

— Hola.

— ¡Papá! ¿Cómo estás?

— Bien. ¿Cómo estuvo tu día?

— Como siempre sin novedades.

— ¿Tu madre?

— Agobiada y exigente. Preferiría que se volviera autista cuando está así.

— Sí, es difícil en estos momentos. ¿Salís hoy?

— Sí, me invitó Lea a su casa. Juguemos unos trucos y tomaremos algo.

— ¡Qué bueno! ¿Cenás con nosotros igual?

— Sí. Avisen y bajo.

Osvaldo de 43 años, es el gerente de ventas de una multinacional encargada en la producción de grifos y accesorios. Siempre está presente como el mandamás de la casa, pero en su interior es algo inestable y

al mismo tiempo inconformista. Exige mucho a su familia, manteniendo el control sobre todas las conversaciones. Adrián lo recuerda como el que pone justicia. Cuando llegaba del trabajo, y si era necesario, repartía palizas para todos... generalmente él era cartón ligador.

— ¡A cenar! —escucha desde abajo.

Abandona sus estudios, ordena su cuarto, y baja campera en mano para partir a lo de Leandro.

— ¿Lo ves posible? —escucha a su madre preguntar asombrada.

— Sí Vicky. Hace meses que vengo proyectando el viaje. No habrá problemas.

— ¡Niños! —dice Virginia—. Papá tiene algo que decir.

— Si todo va bien nos vamos a Brasil de paseo. Creo que un viaje en familia será bueno. Me gustaría pasar Navidad y Año Nuevo por allá.

— ¡Qué lindo! —dice Daniela—. ¡Me encanta la idea!

— ¡Sí! —contesta Laura—. Será precioso para el bronceado.

La cena pasa como todas las noches sin pena ni gloria, todos comiendo y cada uno en sus asuntos.

— Me voy a lo de Leandro.

— ¿Otra vez salís Adrián? —dice Virginia con desconformidad.

— Desde el viernes que no salgo. He estado estudiando toda la semana.

— Parece que se te hizo rutina.

— ¡No es así!

— Lo que falta es que alguna vez tengamos que ir a buscarte.

— ¡No exageres mamá! ¡Siempre con lo mismo!

— ¡Sabés que sí! Me da miedo que salgas de noche. Esos amigos revoltosos y esas muchachas con las que andan no me gustan para nada.

— ¡Ah mamá!

— Dejá que se vaya —interrumpe Osvaldo—. Que disfrute ahora que es su tiempo. ¿Volvés a dormir?

— Sí, pero de madrugada.

— Muy bien. ¡Cuidate y ojo lo que hacen!

Al salir de la casa Adrián se siente más relajado. No siempre le es fácil convivir con sus padres. Generalmente sus días son de mucha rutina. En la mañana enclaustrado estudiando, en la tarde el horario liceal,

en la noche la cena protocolo escuchando siempre las mismas quejas; él mismo define su vida como una tragedia renacentista. Le es complicado convivir con tanta idiosincrasia perturbante.

Salir con sus amigos es el único momento de rebelión indiscriminada generada por la propia adrenalina que libera. Es como el momento de la dosis temperamental de vida. Siente que puede dibujar en su existencia algo diferente a una rutina aburrida.

Al cabo de unos minutos caminando y a tres cuadras de llegar a lo de Leandro, quita la remera de “The Clash” de su mochila y se cambia de inmediato.

— ¡Hola Lea!

— Pasá Adrián. Ya estamos tomando.

— ¡Siempre con buena música!

— Los que somos metaleros... somos metaleros.

— ¡Miren quien llegó! —exclamó Andrés—. ¿Cómo estás Adrián? ¡Buena remera! ¿Hoy sí tomás?

— Lo justo.

— ¡Dale ganas que hoy tenemos que salir y romper todo!

— Tomate una caipiriña para arrancar la noche.

— ¡Salud!

La música punk “The Ramones” suena a gran volumen mientras los muchachos toman y toman. Algo entonados salen de parranda buscando el “no se qué” de la noche.

— ¿Adónde vamos? —pregunta Adrián.

— Arranquemos pa’ la avenida y vemos.

— Podemos ir a la *old city*, allí siempre hay algún boliche para nosotros.

Antes de llegar a la esquina la luz caía suavemente por la ausencia de varios focos. En eso Andrés comenta:

— Miren qué traje.

— ¿Viniste con María? —pregunta Leandro—. ¿De dónde sacaste eso?

— Me lo vendió un amigo. ¿Vamos a fumarlo antes de arrancar la noche?

Adrián observa y no dice palabra. Estudia la situación pero no sabe qué hacer.

— ¡Dale Adrián! Una pitada no te comerá la vida.

— Pero no va bien eso.

— ¡Hijo de mamá! Animate a salir de la rutina. Siempre te quedás en lo mismo. ¡No te cagués! ¡Animate a cambiar! ¡Echate una pitada!

Dejándose llevar empieza a fumar aquel porrinchi. Entre bromas y cerveza comienza a experimentar los efectos. Siente que se le seca la garganta, el sudor en las manos, se le adormece la quijada. Se comienza a relajar y desinhibir. Adrián cambia totalmente de postura.

— ¿Qué hacés Adrián?

— ¡Arriba la libertad y el churro!

— Vestite gurí. Subite los pantalones.

— Dejate de joder.

— Subite los lompas que si nos ven los milicos vamos todos en cana.

— Se parecen a mis padres... ¡Aguafiestas!

— ¡Miren al nene! —comenta Andrés impresionado.

Sin mucha conciencia de su inconciencia suben al taxi y arrancan para la Ciudad Vieja. Al llegar, y como los clásicos fines de semana, ven la convivencia inesperada del pasado y presente mezclado en la movida nocturna y las edificaciones históricas coloniales que rodean la zona de pubs y boliches. Con el “medio y medio” tradicional, las calles empedradas apestan de sillas albergando a tomadores de paso.

— Sigamos tomando —gritó Adrián—. ¡Esta vuelta la pago yo!

— Mandáte algo para todos.

— Mozo, ¿nos trae un medio y medio?

La noche transcurría y los muchachos cada vez más borrachos. Esa mezcla de porro, cerveza, vino y champagne los tenía atontados. Adrián divagaba en todo sentido. Él sabía que estaba desacatado, pero por estar con sus amigos seguía el ritmo.

— ¿Vámonos al telo? —dijo Andrés saliendo del bar.

— ¡No! —dice Adrián.

— ¿Sos gay?

— Es que hoy no rindo.

— Hacé lo que quieras. Te dejamos acá. Estaremos ahí enfrente disfrutando de las gatas nocturnas.

— No jodan gurises. No me dejen solo acá fuera.

Adrián sin mucho reflexionar queda sentado frente a la casa. La mansión de dos pisos con la característica luz roja en su exterior abriga la calle poco transitada. Varios de los personajes que rondan la puerta mendigan propina por cuidar los vehículos que descansan a la espera de los dueños.

Al cabo de un lapso de tiempo, el guardia de turno le despierta.

— Muchacho. Vete a tu casa.

— ¿Qué hora es?

— Las once de la mañana. Se nota que estuviste de joda. Tenés un olor espantoso. Volá de acá.

Adrián se levanta y comienza su caminata con mucho dolor de cabeza y estómago. Toma su billetera para alcanzar un taxi y no le queda nada. Al pasar por el frente de una boutique, se refleja y ve que su apariencia es igual a la nada. Está desaliñado y con los pantalones manchados de no sabe qué. “¿Cómo hago para volver? ¿Qué le digo a mis viejos?” se pregunta. Sin mucho razonar vaga lentamente. Al llegar recuerda que dejó la llave dentro de la mochila en la casa de Leandro. Algo apresurado trata de arreglarse un poco y toca timbre.

— ¡Era hora! ¿Dónde estabas? —recrimina su madre—. ¿Pensás que podés hacer lo que querés? ¡Mirá como estás! ¡Parecés un vándalo! No puedo creer lo que veo. Siempre enseñándote lo mejor y te comportás como un idiota cuando estás con tus amigos.

Adrián no decía palabra. Conocía todo el recitado. Su cabeza baja indica que prefiere callar.

— ¡Hablá! ¡Decí algo! No te importan nada mis nervios. No me dejas dormir. Llamé a lo de Leandro y no atiende nadie. ¿Dónde estuvieron?

— ¡Tá mamá! —contesta pasmado—. Siempre igual. Dejame quieto un rato. Me voy a dormir.

— Claro. Como siempre. Mientras nosotros vivimos vos dormís.

Sin palabra alguna sube a su cuarto, se desnuda, y se echa en la cama sin nada que perder.

Entrada la noche despierta y mira su reloj. Ha estado diez horas durmiendo. Sabe que ni bien baje a la sala recibirá el clásico discurso de sus padres indicando su mal comportamiento.

Algo agobiado y con una fuerte resaca, se da una ducha, se viste, tira las ropas al lavadero, abre las ventanas del cuarto y baja.

— ¡Por fin! ¿Te levantaste completo o te falta algo? —pregunta Virginia en tono irónico.

— Hola Adrian. ¿Cómo estás? —saluda su padre evitando la discusión.

— Ahora bien.

— Me alegro... ¿Tomaron mucho por lo que me contó tu madre?

— Sí. Nos desbancamos.

El silencio reina en la habitación. Virginia no deja de mirar a Adrián con ojos de odio y estupor. Osvaldo dándose cuenta de aquella mirada tomó la palabra y en tono de amigo peculiar comenta:

— Adrián, los dos sabemos que no podés seguir así. Siempre ponés nerviosa a tu madre. Tenés que considerarla un poco. No puede ser que cada vez que salgas ella quede a media luz esperando tu regreso. Sé que te arrepentís —asegura Osvaldo sin conocer sus sentimientos— pero no puede ser que todos los fines de semana pase lo mismo.

— Perdón.

El muchacho en estos momentos se calla para evitar discusiones innecesarias, pero no se da cuenta que ese silencio lo ahoga en un tacho de rencor. No soporta que le culpen de los nervios de su madre y menos que su padre le de lecciones que ni él mismo conoce.

— No es pedir perdón Adrián, sino dar una solución. Sabés que no tenés obligaciones.

— Otra vez lo mismo —piensa Adrián.

— Solo tenés que estudiar, terminar el liceo y comenzar la facultad. Encará eso y listo.

— ¡Sí señor! Así lo haré. Me voy a mi cuarto.

Adrián escapa de esa situación cansado de tantos regaños. Siente que no lo dejan vivir y que solo les importa que termine el liceo. Se siente excluido de la familia si no cumple con las metas que sus padres le insertan en la cabeza.

Los días siguientes Adrián trata de controlar un poco sus desbordes y se mete de lleno en el estudio, evitando así situaciones engorrosas con sus padres.

En eso llega el mes de noviembre con bastante calor y el jolgorio de los preparativos para el cumpleaños de Daniela. Como es tradición, Adrián junto a sus amigos más íntimos preparan una parodia para amenizar la fiesta. Para esa noche Adrián escribe un sketch sobre la novela *Red Rose* de Stephen King, en la que un equipo de psíquicos se dirigen a la decrepita mansión conocida como Rosa Roja con el fin de obtener la prueba científica de la existencia de fantasmas.

El día del cumpleaños ha llegado. Todo un torbellino de gente y organización está activo. Bocados, confites, bebidas, el salón. Se logró un equipo buenísimo. Todos ayudan para que la fiesta sea de lo mejor.

A las veinte horas comienza la celebración. La afortunada de la noche no deja de sonreír. Aquellos sándwiches que decoran las mesas junto a los clásicos jesuitas describen un lugar lleno de fiesta y alegría.

Cuando el reloj marca la hora veintidós, las luces se apagan por completo. Un fuerte sonido abordó la habitación mientras los bafles vibran con mucha fuerza. Desde la oscuridad Javier con mucho maquillaje y un tono de voz abismal rompe el silencio.

— *“¿Quién eres animal? ¿Has poseído la casa? ¿Qué quieres de todos nosotros que vivimos complaciendo con mediocridad nuestros trastornos? Hemos venido a solicitarte que te vayas”*.

Los vidrios comienzan a vibrar. Se escuchan ruidos extraños de otras habitaciones. Nada parece irreal. Adrián y Leandro entran en acción dando palmetazos a las paredes. Incitan a la casa a que despierte y responda. Están poseídos por los personajes. Sus ojos están pintados de negro con marcas en sus rostros.

Entre la poca luz, el flash que intermitentemente oscurece la habitación y los bafles que cada vez suenan más fuerte, la sala comienza a temblar.

Actores y público empiezan a estremecer de miedo. El espejo ubicado en medio de la sala refleja imágenes uniformes desconcertantes. En las afueras de la casa, tres personas corren de un extremo al otro gritando fuertemente que liberen a los invitados. Nadie puede entender.

El show ya había comenzado. Se entrometió en lo emocional de la gente. Nada parecía gracioso sino más bien inescrupuloso. La voz de Javier vuelve a agredir:

— “*¡Muros de antaño! ¡Años de vida pasan por tu morada! Deja de intimidarnos con tus pleitos y date a conocer. Nuestra magia es patrón frente a la mentira de Yum Cimil<sup>1</sup>. Olvidá este hogar. Vete y muere en el cosmos. ¡Muéstrate maldita oscuridad!*”

Javier termina sus palabras y Adrián cae rendido al piso. Leandro comienza a estereotipar una rehabilitación respiratoria. En eso, una gran luz en comunión con un ruido indescriptible estremece la habitación con explosiones fuertes que abruman a los invitados.

— “*Que los cumplas feliz; que los cumplas feliz; que los cumplas Daniela, que los cumplas feliz... ¡FELICIDADES DANI!*”

Patricia ingresa con la torta entre sus manos. El clásico canto regresó la alegría al ambiente. Varios de los invitados quedaron impactados.

Cortaron la torta, organizaron un pequeño baile, y lentamente llega la hora de finalización. Los invitados se retiran contentos. Felicitan a Daniela, a Adrián y a sus compañeros por la buena dedicación.

Luego de despedir a los últimos invitados se sentaron a compartir sobre lo ocurrido.

— Che Adri, me encantó lo que hicieron.

— ¡Gracias Dani! Realmente no habíamos pensado mucho pero lo que surgió fue buenísimo y divertido.

— ¡Qué linda estaba tu amiguita hermano!

— No jodas Laura. Deja de molestarme con eso.

Patricia, a quien se refiere Laura en tono irónico, es la enamorada de Adrián. Hace cerca de tres años que se conocen del liceo pero solo mantienen una relación de amistad. Se ven seguido en las reuniones grupales pero nunca tienen algo nuevo que contar. Aquella muchacha de tez blanca, estatura media, ojos color miel, pelo morocho, de actitud insípida pero al mismo tiempo interesante, tiene al muchacho acorralado de amor... ¡lo tiene enloquecido!

— Realmente —exclamó su padre—, tanto Patricia como los demás estuvieron excelente en la presentación. Estamos orgullosos de lo que hicieron. Muchas gracias.

— Nada que ver papá. Lo hicimos con gusto.

---

1 En la mitología maya es “el señor de la muerte”. Es el Dios y rey de Xibalbá, del inframundo, del mundo subterráneo regido por los espíritus de la enfermedad y la muerte.

Pasaron minutos y la cháchara cae en desánimo. La rueda se desdibuja repleta de cansancio. Adrián toma la posta y se va a dormir.

Entre tanta euforia y reconocimiento trata de descansar pero no puede dejar de pensar en el show. No deja de mover sus manos en el espacio armando figuras con las luces que entran por la ventana. Se siente abrazado por el éxito pero asustado por tratarse de algo pasajero.

A dos horas de jugar y pensar, cae profundamente en estado de relax eliminando ruidos y pensamientos extraños de su cabeza.

Leonardo mientras tanto en Cerro Chato, dedica a noviembre el fin de sus trabajos. Con su actitud detallista que lo caracteriza termina las obras del baño dejándolo como “de mansión” en excelente estado y calidad.

— ¿Qué querés comer? —preguntó Natalia rompiendo el silencio.

— Lo que quieras. No sos esclava de nadie.

— ¡¿Ya empezás con tu filosofía?!

Leo es una persona algo egocéntrica, pero no por decisión propia sino por estar siempre al dente de los demás, ayudando y opinando sin pelos en la lengua. A pesar de los años que lleva encima, su templanza siempre fue la misma. Pelo corto a lo militar, metro noventa, el tatuaje de un ancla en el brazo izquierdo, ojos verdes transparentes y un andar apacible y al mismo tiempo revolucionario.

— ¡No me digas eso Nati!, sabes que soy así. Tu comida es exquisita. Prepará lo que quieras.

Natalia sin decir más se retira a cocinar. Leonardo mientras tanto termina de instalar la mampara de la ducha y rumorea: “*Es de loco lo que dijo. ¿Quién vendrá a vivir conmigo? Sé que soy especial. ¿Será verdad?*”

— ¡Nati! —grita Leonardo de improviso.

— ¿Qué pasa?

— ¿Por qué alguien querría venir a vivir conmigo?

— ¿Eso te dijo mamá? Yo había entendido que alguien pasará un tiempo y que podrías transmitir lo que profesas.

— ¿Ah sí?

— Eso entendí yo...

Ya en la noche y solo en su cuarto sin mucho comprender recuerda cómo la vida lo ha encarcelado y traicionado tantas veces. Luego de haber quedado viudo en el año 1969 por un accidente fatal que tuvo su esposa cuando cruzaba la calle, cayó en una depresión importante que obligó a sus padres a internarlo en un psiquiátrico particular, y así llevar a cabo un tratamiento farmacológico antidepresivo por un lapso de dos años dejando a su hijita con ellos.

Luego de recibir el alta médica por parte del psiquiatra comenzó un tratamiento psicológico preventivo. Al distanciarse de las pastillas y comenzar una dieta rigurosa en base a avena, decide irse a vivir solo. Sus padres sin cuestionarlo permitieron su partida. Por recomendación del psicólogo su hija se quedó viviendo con ellos hasta asegurar que no apareciera alguna recaída y de esta manera confirmar que la depresión había sido sobrellevada.

Al cabo de varios meses y algo decepcionado con su vida, viviendo entre el mundo y el inframundo, decidió alejarse de sus seres queridos y probar suerte en el interior del país. No dio explicación alguna, pero su padre quien lo conocía demasiado sin juzgarlo ni incriminarlo le dijo: “No dudes en rejuvenecer tu mente si la vida solo te dio tristezas”.

Esas palabras confrontaron a Leonardo con todo un boceto de ideas y dolores que lo apresaron por mucho tiempo. Su relación consigo mismo era difícil. Sentía que vivía en un ser que no le conformaba.

Llegó el día en que conoció a Masalana, una mujer descendiente de charrúas que se cruzó de camino a Cerro Chato. Con su visión humanista del mundo, ella le ayudó a conocer su lugar en la sociedad. Esta situación los llevó a vivir juntos permitiendo a Leonardo olvidar las presiones causada por la muerte de su esposa y reengendrar una nueva vida social.

Dos años más tarde regresó a Montevideo a buscar a su hija, aquella niña que ya contaba con ocho años de edad. Leonardo estaba deseoso de poderla llevar consigo a ese nuevo lugar que lo vio renacer. Al pasar por la casa de sus padres y sin esperarlo, una conversación lo estremeció.

— No es bueno que te la lleves.

— ¿Qué decís papá? Es mi hija. Se merece vivir conmigo.

— Tal vez tengas razón, pero la mujer con quien estás no se merece mis respetos.

— ¿De qué hablás? Me ayudó mucho cuando estuve mal.

— Su humanismo revolucionario me parece de mal ejemplo y además se rumorea que es tupamara.

— ¿Qué? Eso es una estupidez. Yo la conozco bien. Ser humanista no quiere decir ser tupamara.

— Mirá Leo, los rumores no son buenos. Nos da miedo y decidimos con tu madre que no es prudente que te la lleves.

— Pero...

Con mucha dureza su padre se levantó y se retiró de la habitación. La charla había terminado. Leonardo queda frustrado y cuestionado. Minutos más tarde su madre se acercó, lo consoló y sin presionarlo logró convencerlo de que lo mejor para la niña era seguir viviendo con ellos. El podía ir y venir el tiempo que deseara, pero no era bueno que la quitara de su hábitat ya que podría causarle más dolor que el que le había causado ya. Sin comprender pero apelando a la bondad de sus padres decidió aceptar la iniciativa.

Por esta razón sus idas y venidas cambiaron de ritmo. Comenzó a viajar muy seguido a la capital para encontrarse con su hija. Estar junto a ella, reírse, auparla, dormir la siesta y llevarla al Parque Rodó eran de los momentos más felices para él.

Masalana, la mujer que le ayudó a renacer, era una hermosa mujer morena con ojos negro noche, de estatura media y con los pies bien puestos en la tierra. Su perspectiva sobre la sociedad siempre fue diferente. Todo lo veía enfocado desde varios ángulos ocasionando en Leonardo el cuestionamiento de lo imposible. Siempre ayudó a sus amistades hasta en los peores momentos. Acompañó a Leonardo en todas sus decisiones; lo seguía adonde fuera hasta el día de su muerte a causa de un “mal entendido” en tiempos de dictadura militar. Esa época para Leonardo fue una sobredosis de terror silenciado. El 27 de junio de 1973, y luego de un discurso político, su vida fue inundada por abusos por parte de un gobierno dictador. Uruguay había caído en un golpe de estado que abolió todo tiempo de democracia y libertad. Leonardo

mismo define aquel día como “Bubalaí”, palabra de origen charrúa que significa “Atrapado”.

Todo para él cambió. Desde las amistades hasta las misiones personales y familiares que siempre defendió. Aquel tiempo fue un calvario. Uruguay sin pena ni gloria había caído en una infusión de antidemocracia. Se estropeó el prestigio comunal. El pueblo se vio privado de los derechos fundamentales. La dictadura se impuso con una arbitrariedad que no dudó en utilizar las fuerzas para ser respetada en todo, hasta utilizar medidas de secuestros, censuras y torturas para poder llegar a ser contemplada en la jefatura de gobierno.

Bien recuerda Leo, que a los tres días del golpe de estado, se ilegalizó la Convención Nacional de Trabajadores y se apresó a varios dirigentes, amigos de él, por dicha disposición.

De esta manera comenzó el control absoluto de la vida de los ciudadanos. La capital como el interior del país concibieron obligatoriamente una sociedad civil que valía sus principios en ser vigilada y señalada. La dictadura fue una agresión directa a la vida cotidiana.

Masalana en este tiempo eligió cerrar sus labios más no sus manos. Varias de sus amistades estaban vinculadas a sistemas sindicales y ella sin preguntar ayudó dando alojamiento transitorio como alimentación a los prófugos que subsistían en los montes.

Evidentemente “el saber” fue el gran riesgo para Masalana como también para Leonardo quien respetó la necesidad de ayuda inapelable. En esos tiempos la obligación de cada ciudadano era avisar, denunciar y no ocultar a prófugos o gente buscada por el gobierno dictador. Para Masalana lo peor fue la denuncia como “simple testigo”.

Aquella noche que no regresó de haber ido a alimentar a tres conocidos que habitaban una cueva en lo alto del “Salto de agua”, Leonardo se intranquilizó.

Afligido y atemorizado, montó su caballo y salió a recorrer la ciudad. Nadie de los amigos sabía dónde encontrar a Masalana. Varios de ellos se asustaron y se enclaustraron en sus hogares por miedo a lo inesperado. Solo Elvira y su niña adolescente fueron a su casa a hacerle compañía.

— Quedate tranquilo –repetía Elvira sin parar—. Ya volverá.

— ¡Dejate de joder! Sabés que es puntual y literal. Si no ha regresado algo sucedió.

La noche pasó en desesperación abismal. Leonardo no pudo dormir.

A la mañana siguiente Don Paco, vecino de Treinta y Tres, apareció con Masalana en sus brazos. Estaba golpeada y desfigurada. Leonardo al ver esto se bloqueó, cayó al suelo y se inmovilizó. No pudo contenerse.

— Venga Paco, acuéstela en su cama —dijo Elvira rápidamente.

Leonardo sin entender la injusticia, con miles de sentimientos que rememora a flor de piel, con pensamientos absurdos discordantes, con un rencor osado que renace de una olla a presión, y un temperamento de bagual descontrolado, sale para el medio del campo sin dar aviso a nadie. El ver a su mujer en ese estado, generó un cambio radical en creencias y opiniones. Con solo mirarla se puede ver el desencastre que está sufriendo entre alma y cuerpo.

Aquella mañana del 14 de marzo de 1984 su debate fue definitorio...

— “¿Otra vez me tirás la misma suerte? ¿Otra vez me rompés el corazón? ¿Por qué me hacés esto maldito? ¿No es injusto de tu parte? Si es por castigo, alcanzaste mi umbral de dolor. ¿Por qué te enojaste con ella, perverso? Si soy el culpable que merece el infierno metete conmigo. Sé valiente y arreglá las cosas. ¡Te reto a duelo! Dejá a mi mujer en paz. ¡Peleemos!”

El cielo se cerró de improviso. La lluvia comenzó a regar los campos como nunca se había visto en la zona.

Minutos después mientras Leonardo mira el piso desgranarse, escuchó gritos de Elvira:

— ¡Leo, vení que Masalana quiere decirte algo!

Sin pensar más, corrió rápidamente hacia su casa como si la travesía fuera la última en su vida.

— ¿Qué pasa amor? —preguntó al llegar.

Mirándolo con ojos de verdad y cariño insondable, le susurró al oído varias palabras que hoy rigen su vida:

— “No huyas de quien eres, deja que lo inexplicable sea tu dicha. Todos te verán como lo inesperado pero nunca dudes de serlo. En tu existencia está lo noble de la vida. Sé tu mismo y asegúrate de conocer siempre la felicidad que habita en ti. Dos cosas te dejo mi sol: mi ausen-

cia y egoísmo; por favor sepúltalos y vive libremente. Bien sabés que te amo a más no poder, y hoy ese amor desaparece como la masa de mi cuerpo. Contenta muero y así me libero”.

Mirando a Leonardo con sonrisa segura expiró sin dar paso a respuesta o comentario. Leo escuchó esas palabras y jamás las olvidó.

Semanas más tarde el tiempo de exámenes llegó. Adrián pasaba enclaustrado en su cuarto sin asomar cabeza. Iba al liceo, daba los exámenes y regresaba a preparar el otro. Esas cuatro paredes fueron su vivienda todo noviembre y parte de diciembre.

Llegó el tiempo final. El último examen, Historia del arte, su preferida.

El día anterior al examen recibe una llamada de Leandro:

— Adrián ¿Cómo estás?

— Bien. ¿Qué pasó Lea?

— Mañana para festejar el término de exámenes, ¿quieres venirte a casa a tomar algo?

— ¡Buenísima idea! Pero ¿qué te parece si vienen para acá? Mis viejos se van el fin de semana a lo de mi tío y quedo de casero.

— Dale. Estamos ahí. Vamos Andrés y yo, los demás siguen terminando los períodos.

— Buenísimo.

Al día siguiente y ya con el examen aprobado, regresa a su casa muy contento y entusiasmado.

— ¡Mamá, aprobé el examen!

— Bien Adrián. ¡Te felicito!

— Gracias mamá. ¿Hoy podemos celebrar con los chiquilines el fin de exámenes?

— Claro. Te lo mereces.

El día pasó volando. Adrián se echó una siesta como hacía tiempo no se daba. A última hora de la tarde sus padres le saludan y se van. Adrián comienza a preparar las cosas para la llegada de sus compañeros

que, sorpresivamente, llegan treinta minutos antes. Sin mucho medir destapan las cervezas y comienzan a calentar el pico:

— ¡Salud muchachos! —dijo Adrián con mucha alegría—. Felicidades por el fin de secundaria.

— ¡Eso! ¡Meta birra!

A pura risa los muchachos disfrutaban y conversaban sobre los profesores que tuvieron, los proyectos, las chicas... De repente suena el timbre:

— ¿Está Andrés?

— ¿De parte?

— De Miguel.

— ¡Andrés! ¡Es para vos! —gritó Adrián.

— ¡Hola Chino!

— ¿Qué hacés Andrés? Te dejo esto y me largo.

— Gracias bebé. Suerte.

— ¿Qué te trajeron? —pregunta Adrián mientras cierra la puerta.

— Un canuto.

— ¡Nooooo! ¡En mi casa no! Si se enteran mis viejos me matan.

— Dejate de joder. ¿No dijiste que se fueron de balneario?

— Sí, ¿y el olor?

— No hay problema. Lo encendemos en el parrillero.

Los muchachos siguieron vaciando botellas y botellas. El cajón había sido cubierto. La luna entre nubes y la independencia no siempre experimentada alegraba indescriptiblemente a la barra. Parecían peces en pecera nueva. La música sin pelos en la lengua gritaba a más no poder. Andrés y Leandro comienzan la segunda sesión de PlayStation mientras el anfitrión ya estaba casi “azul”. El alcohol ingerido estaba ocasionando una curda de buena resaca.

— Prendé ese chocolate Andy —gritó Adrián—. ¡Es el momento!

— Estás estimulado gurí.

— Metele pa'delante que hoy es fiesta.

Salieron al patio encendieron el leño y le entraron con fuerza. Los pibes están sincronizados en alegrías banales y sensaciones diferentes. Adrián sin pensar comienza a entonar el Himno Nacional mientras los otros dos, entre asombros y risas, hacen coros. La noche está discul-

pada y rematada. Los tres divagan y ríen sin sentido. Las palabras que pronuncian dejan de tener un hilo conductor entre ellas. Parece una conversación de sordos alegres.

Desacompanados del tiempo real y de forma inesperada:

— ¡¿Qué haces Adrián?! —preguntó Osvaldo horrorizado.

— Hola papi —Adrián no deja de reír—. Esstamos disfrutando ser universitarios.

— ¿Con muchas “s” y ese tipo de cigarro?

— ¿Querés una pitada? jajaja.

Osvaldo bastante ofuscado reacciona como si hubiera visto al propio diablo. No sabe qué hacer. Se siente avergonzado. Su hijo es drogadicto. Siente que siempre les tomó el pelo.

Entre violencia controlada y palabras elevadas, echa a Leandro y Andrés de la casa de una forma no agradable. Adrián entre horrorizado y riendo sin parar, mira con asombro la situación.

— ¡Andate a dormir estúpido! —gritó Osvaldo.

— No te enojés.

— Silencio y largo.

Osvaldo y Virginia quedan limpiando la sala y el parrillero sin pronunciar palabra. Parecía que sus mentes refutaban y refutaban la verdad de que su hijo había armado una fumata en su casa.

Al terminar las tareas se miraron fijamente, cerraron la casa y sin solicitar opinión se fueron a dormir.

Al otro día Adrián despierta cerca de las 14hs. La tarde había comenzado soleada y fresca. Las calles se veían vacías. Se notaba que la ciudad estaba de siesta o almuerzo tardío.

Al salir de su cuarto, Adrián trata de escuchar detenidamente qué sucede en la casa. Sus padres se encuentran en la sala. Algo tenebroso, baja las escaleras pensando cómo presentar sus disculpas.

La alfombra color café que provee de aislación térmica, esa tarde solo surtía de diferencias las caras llenas de reproches e insensibilidad, que la pisaban.

— Buenos días —saludó Adrián suavemente—. Quiero pedirles disculpas sobre lo de ayer...

Ni bien escucha la voz Virginia se levanta y se retira a su cuarto. Osvaldo sin decir palabra se pone de pie y le queda mirando alejado.

Adrián acurrucado en su interior, se muestra entre atosigado y confundido. Trata de recordar la noche pero varias conversaciones se le escapan de su mente.

— ¿Algo más? —observó Osvaldo—. ¡Ya fue el colmo! Estuvimos hablando con tu madre y hemos decidido cambiar tus planes.

— ¿Mis planes?

— Sí. No irás a Brasil con nosotros. No te lo merecés; y para que te alejes de tus amiguitos complicados te irás a vivir con tu abuelo mientras nosotros estemos de viaje.

— No seas así. ¿Qué abuelo? Prometo no hacerlo más.

— Las promesas se las lleva el viento. Te recuerdo que ya lo hiciste. Te irás con tu abuelo a Cerro Chato.

— No.

— Ya decidimos. Llamá a tu abuelo para avisar que irás.

— ¿Yo tengo que llamar?

— ¡Hacete cargo de algo niño! Agarrá el teléfono y llamalo.

— ¿Ahora?

— Ya está dicho.

Adrián tratando de pausar aquella decisión que realmente lo inserta en una situación bastante difícil, se prepara un café con leche para disimular y dejar correr el reloj para que el ambiente baje el hervor.

— ¿Vas a llamar o tengo que esperar mucho más tiempo?

— Papá, no me parece bien.

— No me importa tu opinión. ¡Llamá ahora!

El joven nauseabundo mira alrededor y nada había cerca. Con agenda en mano, toma el teléfono y marca...

— ¡Diga!

— Hola abuelo, habla Adrián Ramil.

— ¿Quién?

— Adrián, tu nieto.

— ¡Es un chiste! ¡Años que no te veo! ¿Cómo estás?

— Acá ando. Llevándola.

— No se te escucha convencido.

— Ja, ja —ríe para disimular su descontento y explicó—. Mis padres se van a Brasil de vacaciones con mis hermanas y como no quieren

dejarme solo me pidieron que te pregunte si puedo ir a vivir contigo un tiempo.

— ¿Qué pasó? ¿Por qué no vas?

— Mmm...

— ¡Huy!, mejor no digas nada. ¡Claro que podés venir! Acá estaré.

— Gracias abuelo. Cuando esté más cerca la fecha te llamo para avisarte cuándo llego.

— No hay problema. Espero tu llamado.

— Perdona las molestias y gracias.

La llamada finalizó sin más qué decir. La situación ya se había generado. Adrián se iría un tiempo a vivir con su abuelo a la ciudad de Cerro Chato. Todo esto para Adrián era injusto. A su abuelo no lo veía hacía muchos años. Por los comentarios que había escuchado en su casa, el viejo había sido un egoísta que abandonó a su hija por una negra tupamara sindical. No quiere ir con él. Detesta la idea.

Al regresar a la sala, Adrián y Osvaldo quedaron en el sofá sin dirigirse la palabra. La televisión con el volumen muy alto, evitaba en el ambiente un silencio despreciativo.

Los días pasaron lentamente. Adrián conciente del rezongo recibido comenzó a mantenerse firme sobre sí mismo, evitaba problemas con sus padres y hermanas, obedecía en todo momento lo que ellos decían. Se estaba jugando todo porque se olvidaran de esa decisión estúpida de ir a vivir con su abuelo a Cerro Chato.

A dos semanas de fin de año, mientras descansaba en su cuarto entró su padre muy contento:

— ¡Mira lo que te traigo!

— ¿Qué tenés viejo?

— El boleto para Cerro Chato con fecha para el veinte.

— ¡Nooo! –Adrián siente que los músculos se le descuajan.

— ¿De qué hablás? Será buenísimo este tiempo.

— ¡No jodas papá!

— Es lo mejor para tranquilizarte un poco.

— ¡Ya pedí perdón! ¡No sé por qué siempre me piden más!

— Acá está el pasaje y dejá de lamentarte —se nota en la voz de Osvaldo la disyuntiva entre la dureza de la decisión y el frágil sentimiento hacia su hijo—. Además sabés que no pasarás mal.

— ¡No me jodas papá! Hace años que no lo veo. Apenas recuerdo su cara.

— ¡Tranquilizate un poco!

— ¡Claro! Lo que pasa que voy yo, pero si te tocara a vos...

— Puede ser... pero vos sos el problema. Como padre me parece bueno.

— “Como padre...” —rumorea Adrián con ironía.

— Deberías haberlo pensado antes de hacer cagadas. Ahora no seas dramático y aguantá.

— No me importa estar con ustedes. Quiero estar a gusto. Allá es todo desconocido.

— ¡Problema tuyo!

— ¡Buena manera de lavarte las manos!

— ¡No! El estúpido fuiste vos al organizar una fumata en mi casa.

— ¡No sabés nada y ya me encasillaste! ¡Tá! Gracias por el boleto, lo aprecio mucho.

— De nada chiquilín. Espero que madures y dejés los caprichitos de lado.

— ¿Yo caprichitos? Ustedes son los que piensan que yendo para allá me “volveré” bueno. ¿Nunca lo hicieron ustedes?

Osvaldo sin pronunciar otra palabra se retira del cuarto golpeando la puerta con fuerza.

Adrián sin entender se descuajaringa. Siente que su interior es como un útero de revolución instantánea de violencia y rencor.

Su habitación comienza apagarse lentamente. La percibe como un claustro de desgracia. El aire viciado no ayuda a certificar existencia alguna. Siente estar sumergido en un viejo pozo de agua en desecación.

La bombita baja de intensidad. Las paredes repletas de llaveros de colección reunidos por su madre le dan repugnancia. El placard abierto con telas que ni él mismo supo comprar lo acongojan en molestia. Todo se desvaloriza. La noche se deshace en pensamientos y culpas. La vida

para él hace tiempo que es inaceptable. Aprobó el año como le habían exigido y ahora en vez de ver el vaso lleno lo juzgan drásticamente por algo sin sentido.

Esa noche la soledad crece y se hace más notoria que de costumbre. Siente claramente la falta de comprensión y contención. Sus sentimientos se deforman. Todo para él pasa a ser errado. Por cada minuto que pasa se atormenta con suposiciones trastornadas.

Entre millones de pensamientos aparece la imagen del “*justo*”, aquel personaje coronado que vive colgado en el centro de las casas. No deja de cuestionarlo. Hasta la misma justicia le parece diversa. No ve las cosas con claridad. Está desahuciado por una decisión injusta. La ansiedad del cigarro lo atrapa fuertemente. Esa noche no quiso cenar, no quiso relacionarse con nadie. El Dios de la injusticia se ha apoderado de él. La imagen del amor se transformó en una idea irreal. Todo se ha caído.

Con ecuaciones emocionales y violencia reprimida se deprime sin razonar objetos ni lugares. Observa desde la cama aquella estantería repleta de libros y maldice a sus padres. ¿Por qué lo hacen? Los recuerdos inapropiados de su vida resuenan en sus oídos como voz tanguera que grita sin cesar el odio encarnecido. Ráfagas de vida lo atosigan sin piedad. En su corazón se enfrentan la paciencia obligada y la pasión desmedida.

Varios minutos tirado en su cama, aprisionado en una pasión sin sentido que lo acorrala como a un perro encerrado, desmenuza su vida en chiquero de chanchos. La mente en blanco y ese sentimiento de inferioridad arraigado a su nombre lo obligan a gritar en silencio, palabras que ni él mismo puede comprender:

Capaz no quieras saberlo o te incomoda.  
Tal vez es la inocencia de mi inconsciencia.  
Solo y sin amor, caído y en paciencia,  
me fumo un cigarro con la luna que me llora.

La luz nocturna que se asoma con melancolía,  
inunda mi corazón, lo llena de color.  
Pienso, pienso en ti, imagen del amor,  
quien colmó mi corazón y hoy lucha por su vida.

Tú has golpeado, has entrado y te has apoderado de mi corazón.  
Ya no tengo mando, mando alguno, sobre este amor.  
Tan solo escucho día a día, noche a noche, tu nombre gritar...  
que me desnuda a la espera de una incierta realidad.

La luna corre lenta entre las estrellas del cielo,  
persigue su andar sin esperar.  
Respiro, sufro, siento dolor... tengo vida... ¡Oh Dios, tengo vida!  
Vida sin pasión, con tu amor, opacado en el rencor.

Tú has golpeado, has entrado y te has apoderado de mi corazón.  
Ya no tengo mando, mando alguno, sobre este amor.  
Tan solo escucho día a día, noche a noche, tu nombre gritar...  
que me desnuda a la espera de una incierta realidad.

